

XXII.

Cosas veo de mí tan ignoradas,
 Que mal pudiera el corazón fingirlas;
 Hora están á mi vista realizadas,
 Y ni puede la mente concebirlas:
 Despierto estoy, no son imaginadas,
 No alcanza con su ciencia á prevenirlas
 El diestro encantador, ni llega á tanto
 Todo el poder del reino del espanto.

XXIII.

Mientras tales ideas ocupaban
 El pensamiento suyo, claramente
 Oyó que por su nombre lo llamaban
 Del centro de la luz resplandeciente;
 Y aunque en do quier cubrían y cerraban
 Aridas peñas la áspera pendiente
 Del alto cerro, al dulce llamamiento
 Trepó la cuesta con bizarro aliento.

XXIV.

Pronto en la cima pareció afanoso
 Del gran portento la verdad palpando,
 Atento mas y mucho mas ansioso,
 Sus peregrinas formas admirando:
 Postróse en tierra humilde y respetuoso
 A la sublime Reina venerando
 Con limpia voluntad, con fé sincera,
 Y la Reina le habló de esta manera:

XXV.

Hijo Juan, hijo mio muy querido,
 A quien amo por tierno y delicado,
 ¿A dónde vas? y el indio asáz rendido,
 Tal como estaba ante sus piés postrado,
 Niña mia y mi dueño esclarecido,
 Me voy á Tlaltelhoc, voy al sagrado
 Sacrificio inefable de la misa;
 Y es tiempo ya, y el tiempo me precisa.

XXVI.

Y la Reina: Yo soy la siempre pura
 Madre del Dios que fabricó del cielo
 De esquisito saber la arquitectura;
 Que con igual saber hizo este suelo,
 El ancho mar y toda criatura,
 La luz del claro sol, y el negro velo
 De la noche, que en todo está presente,
 Como que no hay sin él ningun viviente.

XXVII.

Escucha pues: en este sitio quiero
 Que un templo se me labre, una morada
 Do el que me busque con amor sincero
 Siempre á su ruego me hallará inclinada:
 Yo enjugaré su llanto lastimero,
 Y será su congoja disipada;
 Y en su defensa le daré acojida
 En los duros vaivenes de la vida.

XXVIII.

Madre tuya y de todos tus iguales,
 Y de cuantos imploren mi clemencia,
 En bienestar convertiré sus males,
 Y nacerá la dicha á mi presencia;
 Yo soltaré los ricos manantiales
 De las aguas del cielo, y su influencia
 Hará brotar en campos abrasados,
 De pingües frutos fértiles sembrados.

XXIX.

Vendrá tal vez cual hórrida nubada
 De mónstruos fieros de afilados dientes
 Hambrienta plaga á devorar airada
 La blonda mies de espigas relucientes;
 Mas yo echaré á los montes la bandada
 De los armados mónstruos, y obedientes
 A la órden mia pegarán sus bocas,
 Mal que les pese, en las musgosas rocas.

XXX.

Si algun día los rios caudalosos
 Con las continuas lluvias aumentados
 Revolviéndose en olas espumosas
 Salieren de sus cauces desbordados;
 Si anegar amenazan orgullosos
 Cabañas y pastores y ganados,
 Yo agotaré el caudal de su creciente,
 Yo enfrenaré su rápida corriente.

XXXI.

No reinará ni la hambre desequida
 Que de hombres infelices se alimenta,
 Ni la peste inhumana y homicida
 Que aire de muerte en rededor alienta:
 No la guerra feroz embravecida
 Que aduna sus cadáveres sin cuenta,
 Que luego que me invoque el pueblo amado
 Cesarán á la voz de mi mandado.

XXXII.

En mí hallará consuelo el aflijido,
 Plácidos goces en lugar de penas;
 Y al hombre de pecado arrepentido,
 Yo romperé las hórridas cadenas:
 En mí el Señor ha puesto complacido
 Las ricas fuentes y abundantes venas
 De virtud y de gracia; en mí se afianza
 De gracia y de virtud toda esperanza.

XXXIII.

Parte á México, pues, querido mio,
 Y acércate al Obispo: hazle presente
 El grande objeto de mi afecto pío,
 Cuanto has visto y oído espresamente:
 Dirásle que yo soy la que te envío,
 Cuál es mi voluntad, cuán excelente
 Es el honor y el bien que le depara
 El alto cielo al que de mí se ampara.

XXXIV.

Dijo: y de todo punto entusiasmado
De verse en grado tal favorecido,
Nuevamente á sus plantas humillado,
Mostróse el tierno Juan agradecido:
Dispuesto ya á marchar á su mandado
Sintiendo el pecho suyo enardecido
Con un mensage de tan grande estima,
Dejó al momento la fragosa cima.

XXXV.

Cual suele de los montes descendiendo,
Cruzar violenta posta la llanura,
Que un instante á la vista apareciendo
Desparece en el otro su figura;
Y si se van sus huellas inquiriendo,
Se vé que ni ha rozado la verdura,
Y como ave en el eter cristalino
Que ni rastro dejó de su camino;

XXXVI.

Así el ligero indiano atravesaba
El ancho Valle, tal que parecia
O que en alas del viento cabalgaba,
O que en el raudo vuelo le escedia:
Apenas su carrera comenzaba
Cuando ya de la vista se perdia,
Que listo amor su pecho iba fogueando
Y á cada paso nuevo impulso dando.

XXXVII.

Hallábase todo él tan conmovido
Con el placer de la vision sagrada,
Que formas mil de vario colorido
Adaptaba á su imagen venerada:
De piadosos afectos combatido
Procurando dar fin á su embajada,
Ansioso de tornar á la eminencia,
Redoblaba su esfuerzo y diligencia.

XXXVIII.

Como el tierno amador que siempre lleva
 Fijo en su mente el plácido semblante
 De su amor, lo retoca y lo renueva
 Con pincel cada vez mas elegante,
 Y aquel placer y júbilo que prueba
 No le deja parar ni un solo instante,
 Y se afana en salir de todo empeño
 Para tornar á su querido dueño;

XXXIX.

Tal era su aptitud, tal la viveza
 Del genio suyo dulce y apacible,
 Tan grande su constancia y su firmeza,
 Y tanto así su corazón sensible:
 De tal manera, en sin igual presteza
 Llevado de un impulso irresistible,
 Arribó sin tropiezos ni estravíos
 A la ciudad de inmensos caseríos.

XXXVIII.

Como el tierno amador que siempre lleva
 Fijo en su mente el plácido semblante
 De su amor, lo retoca y lo renueva
 Con pincel cada vez mas elegante,
 Y aquel placer y júbilo que prueba
 No le deja parar ni un solo instante,
 Y se afana en salir de todo empeño
 Para tornar á su querido dueño;

XXXIX.

Tal era su aptitud, tal la viveza
 Del genio suyo dulce y apacible,
 Tan grande su constancia y su firmeza,
 Y tanto así su corazón sensible:
 De tal manera, en sin igual presteza
 Llevado de un impulso irresistible,
 Arribó sin tropiezos ni estravíos
 A la ciudad de inmensos caseríos.